

Descubierta tribu de los Guaicas

Elite.

Tres jóvenes deportistas franceses: Andrés Dieudoné, Piarre Ivanoff y Andrés Aspignon, emprendieron en los primeros días de setiembre la exploración de las riberas del Orinoco, después de trasladarse en avión desde la capital a Puerto Ayacucho.

– ¿Nuestro objeto? –nos dice Ivanoff, un muchacho de gesto nervioso y aire decidido–; un poco por curiosidad, otro por espíritu deportivo y otra gran parte por investigar los recursos mineros de esa zona...

Ivanoff era el único de los tres que tenía experiencia en este género de trabajos, adquirida durante sus expediciones en la gran sabana, donde trabajó denodadamente en busca de un yacimiento de oro. Encontró muy poco, tan poco que "no valía la pena mencionarlo". Dieudoné sonríe discretamente ante la seria aserción de su amigo: él no es más que un artista, es un poco músico y otro poco dibujante. Nosotros, que conocíamos a Dieudoné por los magníficos trabajos de dibujo con que en ocasiones ha ilustrado las portadas de ELITE nos inclinamos a juzgarle muy modesto y muy amable en su seriedad; algo así como la cabeza de la expedición. A él se deben la mayor parte de las observaciones de interés etnográfico y práctico que transcribimos.

Aspignon es de los tres el más joven y el más locuaz y, por eso también, el más comunicativo. Si a Dieudoné hemos atribuido la función de cabeza de la expedición y hemos dejado ver que Ivanoff cumplía la del brazo en su acción, bien podemos asignar a Aspignon el papel del elemento animoso y diestro que improvisa soluciones y mueve a la acción como si tuviera la virtud de ser el corazón entusiasta del grupo.

Itinerario

En Puerto Ayacucho adquirieron una falca de 7 metros por 1,50, acondicionada con motor, pero tuvieron que remontar el Orinoco por una ribera hasta Sanariapo, aquí terminan los raudales que hacen imposible la navegación entre los dos puntos. Tardaron casi tres días en remontar el Orinoco hasta San Fernando de Atabapo. Aquí recibieron toda clase de atenciones de Don Guillermo, un evangelista americano que les hizo muy útiles recomendaciones y les facilitó un guía de absoluta confianza que conocía bien la región. El indio pertenecía a la tribu de los Maiquerita, pero había sido educado por el evangelista americano, hablaba correctamente español y se dedicaba a la tala de cedros, industria que aún en sus rudimentos constituye casi la única actividad a que se dedican los nativos. El había visto una vez a los Guaicas, él podría conducirles hasta su poblado.

No tuvieron dificultades en remontar el Orinoco hasta la desembocadura del Cunucunuma, a pesar de que las constantes lluvias les molestaron durante el trayecto. Las aguas se enturbiaron con la crecida pero eran las únicas de que disponían como

bebida. Apenas si vieron durante todo el viaje algún claro en las riberas; el espeso follaje y los enormes árboles flanqueaban el curso del gran río como si a los lados se hubieran dispuesto colosales cortinajes de un verde lujurante. Ningún árbol frutal en el camino, apenas algunas nueces de brasil, y muy escasos animales: algunos guacamayos y loros. Nunca vieron antes los expedicionarios un anta, un cuadrúpedo rumiante parecido al ciervo, pero tan corpulento como un burro. Tuvieron oportunidad de cazarlo en varias ocasiones durante el trayecto y apreciaron su carne como un gran bocado. Jamás pudieron hacer ingerir ninguna vianda frita al indio que les acompañaba, quien se alimentaba de lo que pescaba al anzuelo y de carne cocida.

En la boca del Cunucunuma acamparon durante varios días para permitir a Ivanoff y Dieudonné remontar su curso en compañía del guía hasta donde estaban acampados los Maquiritas, tribu a la que pertenecía. Allí se unieron a los expedicionarios cuatro taladores del poblado y reanudaron su viaje remontando el curso del Orinoco hasta Esmeralda. Aquí existía en otros tiempos una hacienda que fué oficialmente establecida con el intento de situar en la región una avanzada organizada para una experiencia agropecuaria. No existen hoy sino los vestigios de lo que fué un intento de civilización: algunas piquetas aquí y allá denuncian la existencia anterior de algunas construcciones de bastante amplitud. Los indios Guaharibos prendieron fuego a la hacienda y mataron todo el ganado en un gesto de inconsciente rebeldía. Donde antes pacía el ganado, y existían sembrados están ahora ocupados en su gigantesca y curiosísima labor ingentes legiones de termitas que parecen empeñados en transformar la orografía de esa zona creando montañas a su ciego antojo.

Necesitaron siete días para llegar a la boca del Manaviche, otro afluente del Orinoco, en cuyas riberas sitúan la mayor parte de los mapas etnográficos la tribu de los Guaharibos; pero los expedicionarios comprobaron que este grupo es nómada y aún cuando a veces llegan a establecerse en sus cercanías hay que localizar su habitual campamento en el Matacuni. El mismo lugar, las riberas del Manaviche, están realmente ocupadas por la tribu de los Guaicas, familia de la que se tenían muy vagas referencias y con las que los expedicionarios han establecido contacto por primera vez.

Los Guaicas

– Llevábamos ya tres semanas río arriba cuando un atardecer el guía nos anunció que estábamos ya en las cercanías de la zona habitada por los Guaicas –nos dice Ivanoff. A pesar de que nuestra atención se mantenía despierta no oímos nada ni percibíamos ningún claro en las riberas. Hubiera pasado para nosotros desapercibido un pequeño lugar desbrozado en la margen izquierda del río si el indio malquerita no nos hubiera advertido que reparásemos en unos cuantos troncos de árbol, dispuestos de forma que podía aquello tener aspecto de un pequeño desembarcadero. Aspignon maniobró de forma que la falca quedó en disposición de atracar en la ribera, pero el guía tuvo la prevención de advertirles que sería preferible hacerlo en la opuesta porque los guaicas eran unos "ladrones". Esta prevención de los maiqueritas hacia los miembros de la tribu Guaica se mantuvo durante todo el tiempo que permanecieron en aquel lugar los

expedicionarios; quedaron al margen de las conversaciones que sostuvieron después y ningún momento cambiaron el menor gesto de amistad. Los maiqueritas dedicaban un trato de menosprecios a los habitantes de la tribu y aún cuando el guía tradujo a los franceses algunas palabras aisladas y decía comprender su lenguaje no quiso servir de intérprete.

En una curiara que llevaban en la falca pasaron los expedicionarios a la otra ribera y se adentraron con cierta prevención en el bosque, siguiendo una pequeña vereda. No caminaron 100 metros cuando comenzaron a surgir unas cabezas tonsuradas entre la maleza. La natural cautela de los nativos desapareció pronto y en un dos por tres se presentaron unos treinta individuos completamente desnudos, haciendo infantiles y confiados gestos de amistad, en muecas de contorsión, y gritando "¡Chori, chori!"... (amigo) el ruido del motor debía prevenirles.

Cual niños traviesos comenzaron a palpar sus ropas, emitiendo gruñidos y exclamaciones de sorpresa.

Las barbas de los expedicionarios eran el objeto de su especial curiosidad y sin la menor reserva las palpaban después, poniéndose de puntillas para hacerlo. Como si el vello tuviera para ellos especial significación hacían gestos de extrañeza al señalar el pecho de los expedicionarios.

Los guaicas son de piel blanca, de pequeña estatura (apenas un metro cincuenta y cinco), y exageradamente delgados. Nadie podría asignar una edad determinada a aquellos cuerpos enfermizos y débiles que parecen enteramente de niño. La cabeza es más bien abultada y las facciones de sus caras macilentas tienen algo oriental. Apenas si tienen vello en la cara y los pocos e hirsutos pelos que lucen en la barbilla parecen responder a un objeto de distinción. La cabellera es bastante abundante y la gran tonsura que llevan en la parte superior sólo deja ver una corona de pelos lacios y descuidados. El rasgo más característico de su faz lo constituye lo abultado de la parte comprendida entre el labio inferior y la barbilla, donde siempre mantienen una hoja verde de tabaco que mastican con fruición, escupiendo con frecuencia sobre el suelo sin cuidarse de hacerlo a un lado. Muchos llevan su cuerpo pintado de rojo y éste es el color que predomina en todos sus utensilios y objetos. El tinte lo extraen de una planta silvestre que crece en el lugar. En este primer contacto los expedicionarios no vieron a ninguna mujer y los hombres no llevaban otra impedimenta que un cordón hecho de una especie de lino trenzado ceñido a su cadera, sujetando con un pequeño hilo su miembro viril, cual si trataran de evitar lastimarse en sus correrías por el bosque. Algunos llevaban otros pequeños objetos, bien en los brazos, bien en las orejas, pero no dejaban de ser unos simples adornos.

La única palabra española que conocían los guaicas era "machete" y con su ayuda dieron a conocer su espíritu comercial a los visitantes. El anzuelo para pesca fué otro de los objetos que mejor supieron apreciar los nativos y hasta constituyó la medida de los trueques que se efectuaron rápidamente. Las camisas eran objeto de especial predilección y aunque los pantalones les causaban extrañeza los consideraban como cosas inútiles y embarazosas y después de algunos comentarios que debieron ser jocosos, porque no dejaban de reír señalándolos, no quisieron aceptar ninguno como cambio.

Alguna prenda y varias flechas contra un anzuelo. Los mismos objetos contra dos, después. Y a medida que los nativos se fueron dando cuenta del interés que los extraños ponían en los objetos que recibían fueron elevando el precio de su mercancía. Al principio reían alborozados viendo que los visitantes daban tanta importancia a objetos que a su juicio tenían tan poca y se desprendían de sus indumentos para aceptar alegremente los cambios. Después actuaban ya con más reserva y hasta hicieron casi imposible las transacciones.

A la mañana siguiente volvieron a aparecer en la orilla, con los mismos gritos de: "¡Chori, chori"!... Traían consigo algunos objetos caseros, hechos de bejuco y cierta fibra trenzada que se asemejaba al lino y una cesta de Bananas. Volvieron a cambiar alegremente objetos, aunque muchos debieron ser restituidos al día siguiente porque los exigieron, pesarosos de haber cambiado tantas cosas útiles por otras que no les eran familiares.

– ¿No lograron llegar al poblado?

– Ivanoff y Dieudoné estuvieron en dos ocasiones –nos dice Aspignon. Es ahora Dieudoné quien nos refiere que en ninguna de las dos veces que visitaron el lugar situado a algunos kilómetros de la ribera del Orinoco, pudieron ver más mujeres que dos ancianas completamente desnudas que sostenían sendos niños en sus brazos. En ningún momento les dejaron juntos: cada uno iba por su lado, acompañado de varios de aquellos pigmeos. El poblado se componía de unas cabañas dispuestas en derredor de una especie de elipse irregular que constituía una especie de plaza, en un pequeño claro del bosque. Las construcciones no se componían sino de un plano inclinado que servía de techo hasta llegar casi al suelo, cubierto de palmas, sostenido por unas piquetas con bejuco, sin paredes. No vieron en los alrededores ningún sembrado sino algunas plantas de tabaco, y las bananas constituyen su único alimento. No conocen los metales, ni vieron vestigios de piedra tallada. Sus únicos utensilios cortantes estaban hechos de un mango de madera con dientes de animales, o, como en las flechas, madera de cedro tallada y afilada.

Los guaicas tienen un terror supersticioso al agua. Cuando empieza a llover se apresuraban a cubrir sus cabezas con anchas hojas de bananero gesticulando aterrados, dirigiéndose al cielo con gritos de: "¡Mao, mao!"... (agua). Ninguno quería embarcarse en la curiara y después de mucho insistir lograron que dos pasaran a la falca, con el miedo pintado en sus caras. No disponen de embarcación alguna. Al invitarles a comer no quisieron aceptar nada. Sólo, y sin duda por curiosidad, aceptaron llevar envuelto en hojas de bananero un poco de carne para mostrarlo en la otra orilla. Los guaicas no conocen la sal y la falta de esta sustancia en su organismo debe perjudicar su salud e influir en su constitución.

–¡A Dieudoné le hicieron cantar! –dice Aspignon riéndose.

Nos cuenta el artista que realizó los dibujos que ilustran este reportaje que no pudo ver ningún instrumento en el poblado, ni los guaicas le dieron a entender que tenían alguno. Sólo canturreaban en voz baja unos aires raros, repitiendo siempre la misma melodía, muy pobre de matices y de tonos. Insistieron de tal forma los nativos que Dieudoné tuvo que cantarles algunas canciones, dando ellos muestras de enorme regocijo. Sólo cuando cantó una canción de aire melancólico le dijeron con el gesto que

no lo hiciera, que aquello era muy triste. Dieudonné habla todavía sorprendido del efecto que en aquellos salvajes causó la música y de las razones que motivaron las distintas reacciones.

En las fotos que fueron realizadas gentilmente por "Foto-Play-Service" e ilustran este reportaje figuran los diversos objetos de gran valor que los expedicionarios reunieron en su jira. Actualmente han encaminado algunas gestiones para cederlas en venta y no dudamos que en su enorme interés despertará la atención de algún coleccionista particular o el mismo Museo Nacional.

Nosotros hemos recibido gentilmente el obsequio de una flecha y un arco, objetos que conservaremos en gran estima, y ¡de veras!, hubiéramos querido estar presentes en el momento del trueque.